

los llanos a Caracas:

EL SABOR DE VENEZUELA EN

EL ARPA DEL INDIO FIGUEREDO

CARLOS DIAZ SOSA

ESBOZOS líricos del pueblo venezolano, fuerza creadora de la inmensidad que ofrece nuestro ano, el espíritu del hombre que allí vive, es lo que nos entrega el Indio Figueredo cuando toca su arpa, que ha venido desde los calientes llanos del estado Apure hasta el valle de Caracas, para regalarnos un poco del alma de nuestro pueblo.

El joropo, la más alta expresión folclórica con que llegamos a contar, libre de las influencias extrañas al medio, todavía se deja sentir en el corazón de los venezolanos, porque es pura Venezuela, porque nació con espontaneidad.

Si una vez admiramos la maravillosa arpa de Nicanor Zabaleta, el artista de manos y sentido prodigioso, que tan magníficos conciertos nos ofreciera desde las tablas de nuestros mejores coliseos, al hacernos entrega de las más custodadas páginas que han escrito los inmortales del pentagrama, ahora también nos sentimos halagados con el arpa del Indio Figueredo, quien nos viene a traer un regalo del llano adentro, en estas horas cuando el sentido nacional —entre éste la música— confronta una crítica situación ante una serie de factores que influncian el ambiente, con perjuicio hasta de exterminio. El espíritu de lo que es realmente Venezuela, el sabor intrínseco de esta tierra nuestra, está en la soleada lejanía de los llanos, con sus hombres montados en orgullosos caballos, cabalgando, siempre abalgando hacia el horizonte que se abre todas las tardes junto con los rayos calientes del sol padre. A Venezuela, para sentirlo y saber lo que es ella realmente, no hay que mirarla desde las alturas.



ESBOZOS líricos del pueblo venezolano, fuerza creadora de la inmensidad que ofrece nuestro llano, el espíritu del hombre que allí vive, es lo que nos entrega el Indio Figueredo cuando toca su arpa, que ha traído desde los calientes llanos del Estado Apure hasta el valle de Caracas, para regalarnos un poco del alma de nuestro pueblo.

El joropo, la más alta expresión folclórica con que llegamos a contar, libre de las influencias extrañas al medio, todavía se deja sentir en el corazón de los venezolanos, porque es pura Venezuela, porque nació con espontaneidad.

Si una vez admiramos la maravillosa arpa de Nicanor Zabaleta, el artista de manos y sentido prodigioso, que tan magníficos conciertos nos ofreciera desde las tablas de nuestros mejores coliseos, al hacernos entrega de las más gustadas páginas que han escrito los inmortales del pentagrama, ahora también nos sentimos halagados con el arpa del Indio Figueredo, quien nos viene a traer un regalo del llano adentro, en estas horas cuando el sentido nacional —entre éste la música— confronta una crítica situación ante una serie de factores que influncian el ambiente, con perjuicio hasta de exterminio. El espíritu de lo que es realmente Venezuela, el sabor intrínseco de esta tierra nuestra, está en la soleada lejanía de los llanos, con sus hombres montados en briosos caballos, cabalgando, siempre cabalgando hacia el horizonte que se muere todas las tardes junto con los rayos calientes del sol padre. A Venezuela, para sentirla y saber lo que es ella realmente, no hay que mirarla desde las alturas del Avila, que por un lado da hacia más alturas, y por el otro es una vista amplia, que se pierde en la inmensidad de las aguas saladas del Caribe. Venezuela se siente y se toca a orillas del Apure, en el corazón de los Estados Aragua, Guárico, Anzoátegui, Monagas, Barinas, y nada más. Allí sí está el propio espíritu del venezolano. En los soleados ranchos de los llaneros, en las frescas quebradas que van a dar hacia el Orinoco. Esa es la Venezuela nuestra, que nació del indio y del negro, que está interrogándose por qué razón sacrifican su espíritu, por qué sus hijos desprecian su música, por qué no saben quererla más.

En Caracas, ciudad influenciada por corrientes que nos llegan de todo el mundo, el sentido venezolanista se está perdiendo. Y es una lástima, una verdadera lástima que enterremos una parte de nuestro ser, algo que nos toca profundamente, como lo es el espíritu.

La música venezolana va perdiendo trecho, y desde luego: va perdiendo la

Continúa →



EL SABOR DE VENEZUELA... continuación

vitalidad de su espíritu, la fuerza creadora con que una vez naciera, se va extinguiendo, y nadie se preocupa por ella. Por eso, el Indio Figueredo toca su arpa a los pies de las ventanas en noches de luna, entregando el mensaje ardiente del llano, de esa tierra donde él naciera, de esa tierra donde creció, de esa tierra que sigue queriendo y que se ha traído en su arpa, confeccionada con cuerdas importadas y con un pedazo de madera que fué el cuerpo de un árbol que naciera a orillas de un río, de esos que saltan por entre peñascos.

El arpa del Indio Figueredo habla de un presente. Es una especie de renacimiento cuando la colocamos en Caracas. Por lo menos, hace sentir lo que es Venezuela. Cuando el Indio Figueredo toca su arpa, los que oyen comprenden todo el sabor y gustan de toda la belleza que hay en el espíritu de nuestro pueblo. Es un mensaje de la tierra, caliente como el brote de la sangre, espontáneo como la brisa que recorre los contornos de los llanos.

La esquelética figura del instrumento, con una y tantas cuerdas que estiran su figura de uno a otro lado, y los dedos ágiles del ejecutante, son la magnífica combinación para presentar el alma de un pueblo. Porque Venezuela no es petróleo, oro, diamantes... es también música, porque los hombres de este pueblo llevan en sí un rasgo de espiritualidad. Es la comprensión entre sí que los une. La música venezolana ha nacido espontánea, con sabor a llano adentro.

Es la bronceada piel de este mensajero de los llanos, curtido por el sol, está todo nuestro pueblo.

Mientras el arpa emite su lenguaje musical, las figuras que forman nuestro verdadero pueblo van desfilando una a una. Es el llanero montado en un brioso caballo. Es el conuco donde florece el maíz. Es el rancho que despierta cada mañana. Es el ganado que pasta libremente custodiado muy de cerca por mirada avizora del llanero. Todo ese maravilloso conjunto que es la máxima expresión de un pueblo.

Ignacio Figueredo —tal es el nombre del artista— nació en el corazón del Estado Apure, a orillas del Cunaviche, un eterno mensajero del río Apure. Allí, donde nace un pedazo de la historia venezolana. Junto a las aguas que corren tempestuosas, a través de los llanos, y con la bravura singular que le es característica. Siendo muy pequeño, lo llevaron a San Rafael de Atamaica. Allí le hicieron cristiano. No fué a la Escuela; para ese tiempo, el

mensaje pedagógico de la capital no había llegado. Pero en cambio, se inclinó por la música y, sin que alguien le indicara en qué forma, sino atendiendo a un llamado de su inteligencia, comenzó a registrar las cuerdas del arpa. Ha dicho que fué el maestro Pedro Herrera quien le hizo sentir todo lo hermoso que hay en la música llanera.

Desde los catorce años, Ignacio Figueredo tiene un arpa. A la cabeza de su instrumento ha cantado a través de todos los llanos. Pero ha cantado sus propias composiciones, porque lo de compositor es tan ignato como lo de ejecutante.

Ignacio Figueredo ha tenido facilidad para aprender tanto lo uno como lo otro. Y en una vida que cuenta ya con cincuenta y cuatro años, ha compuesto tantos joropos y coplas que la cuenta se ha perdido. De ellos, solamente sabe el aire. Casi todos han nacido en un momento de fiesta, cuando el licor hacía galas de espiritualidad al golpe de las maracas, y al compás de los pies que saltaban levantando una polvareda. Ese es el preciso momento para crear un mensaje caliente del pueblo venezolano, que no ha quedado para nadie porque el pentagrama, para el Indio Figueredo, es algo inútil. Es un papel que no tiene utilidad práctica. Sus joropos y sus coplas están guardados en su conciencia. Allí ha dejado escritos los que ha podido retener.

A Venezuela, el Indio Figueredo la describe cantando. Y así —precisamente— es como se le siente más.

Ignacio Figueredo nunca había salido de los límites del Estado Apure. Durante tantos años, su vida se había transcurrido como la de todos los llaneros. Es dueño de una hacienda, se ha casado y es padre de nueve hijos. En ese hogar tan venezolano hay alegría. Ignacio Figueredo tiembla las cuerdas de su arpa en los momentos de descanso, y canta hasta que sus dedos se cansan. Dedos rudos que han acariciado las múltiples cuerdas en muchas noches de fiesta. Los sábados por la noche, los domingos... el Indio Figueredo y su arpa bohemia van de fiesta. El joropo deja oír su estructura, y las caderas de las mujeres se mueven al compás de la música. Las copas se alzan y el espíritu ríe de alegría. Por todos los pueblos del Estado Apure, en todas las aldeas, en cada choza... el Indio Figueredo es conocido.

Se le llama el rey del arpa. Y sí que lo es.

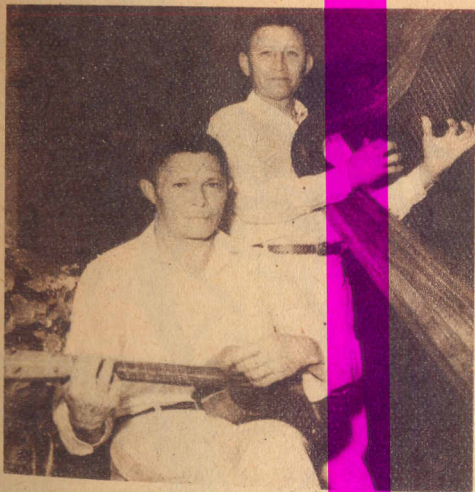
Aquí en Caracas, el Indio Figueredo cambió los ranchos por las residencias elegantes. Los escritores lo llevaron a su sede. En los clubes se le quiere. A

La esquelética figura del instrumentato, con una y tantas cuerdas que estrictan su figura de uno a otro lado, y los dedos ágiles del ejecutante, son la magnífica combinación para presentar el alma de un pueblo. Porque Venezuela no es petróleo, oro, diamantes... es también música, porque los hombres de este pueblo llevan en sí un rasgo de espiritualidad. Es la comprensión entre sí que los une. La música venezolana ha nacido espontánea, con sabor a llano adentro.

Es la bronceada piel de este mensajero de los llanos, curtido por el sol, está todo nuestro pueblo.

Mientras el arpa emite su lenguaje musical, las figuras que forman nuestro verdadero pueblo van desfilando una a una. Es el llanero montado en un brioso caballo. Es el conuco donde florece el maíz. Es el rancho que despierta cada mañana. Es el ganado que pasta libremente custodiado muy de cerca por mirada avizora del llanero. Todo ese maravilloso conjunto que es la máxima expresión de un pueblo.

Ignacio Figueredo —tal es el nombre del artista— nació en el corazón del Estado Apure, a orillas del Cunaviche, un eterno mensajero del río Apure. Allí, donde nace un pedazo de la historia venezolana. Junto a las aguas que corren tempestuosas, a través de los llanos, y con la bravura singular que le es característica. Siendo muy pequeño, lo llevaron a San Rafael de Atamaica. Allí le hicieron cristiano. No fué a la Escuela; para ese tiempo, el



El Indio Figueredo arranca de las cuerdas de su arpa el mensaje musical que envían los llanos a la capital. Es la copla y el joropo, acompañados al cuatro por Antolino Ramos, y en su misma voz, que se dejan oír en las fiestas sabatinas, y en los domingos de alegría, cuando en los pueblos hay espíritus llenos de placer. Espíritus robustos que están cantando a Venezuela, porque la llevan por dentro.

las maracas, y al compás de una polvareda. Ese es el preciso momento para crear un mensaje caliente del pueblo venezolano, que no ha quedado para nadie porque el pentagrama, para el Indio Figueredo, es algo inútil. Es un papel que no tiene utilidad práctica. Sus joropos y sus coplas están guardados en su conciencia. Allí ha dejado escritos los que ha podido retener.

A Venezuela, el Indio Figueredo la describe cantando. Y así —precisamente— es como se le siente más.

Ignacio Figueredo nunca había salido de los límites del Estado Apure. Durante tantos años, su vida se había transcurrido como la de todos los llaneros. Es dueño de una hacienda, se ha casado y es padre de nueve hijos. En ese hogar tan venezolano hay alegría. Ignacio Figueredo tiembla las cuerdas de su arpa en los momentos de descanso, y canta hasta que sus dedos se cansan. Dedos rudos que han acariciado las múltiples cuerdas en muchas noches de fiesta. Los sábados por la noche, los domingos... el Indio Figueredo y su arpa bohemia van de fiesta. El joropo deja oír su estructura, y las caderas de las mujeres se mueven al compás de la música. Las copas se alzan y el espíritu ríe de alegría. Por todos los pueblos del Estado Apure, en todas las aldeas, en cada choza... el Indio Figueredo es conocido.

Se le llama el rey del arpa. Y sí que lo es.

Aquí en Caracas, el Indio Figueredo cambió los ranchos por las residencias elegantes. Los escritores lo llevaron a su sede. En los clubes se le quiere. A cada momento el Indio Figueredo recibe una proposición más. Es que en su arpa hay lo más sensible de nuestra patria. Y al venir a Caracas en un momento cuando se habla de crisis venezolana, se le aclama y se le invita para que deje escuchar la vida de las cuerdas de su arpa.

Ignacio Figueredo está en Caracas —su primer viaje— pero ha sentido la nostalgia de su tierra. Le hacen falta su mujer y sus nueve hijos. Le hace falta su hacienda. Le hace falta el calor de los llanos y todo ese maravilloso conjunto, que con vitalidad está presente en su espíritu. No le halagan las candilejas de la capital. Prefiere la vida tranquila de los llanos. Le gusta más contemplar el ocaso de la tarde, y respirar la brisa llanera que alimenta sus pulmones y arrancan de sus labios la copla sabrosa. Después de un mes en la capital, el Indio Figueredo ha dicho que se marcha. Cumplió con venir a decirnos que Venezuela está intacta en su más pura forma. Está intacta, desde los llanos hasta la capital. Y que han sido los mismos venezolanos quienes no han sabido aprovecharle. Y se marchará una mañana cualquiera, para volver algún día... sí.